

Claridad

AÑO IX

SANTIAGO, 21 ENERO DE 1932

NUM. 140

Una opinión sobre los acontecimientos del Norte

Hoy, como siempre, nos guía el afán de informar con la mayor imparcialidad sobre los hechos más notorios de nuestra vida pública, turbia y mezquina.

De acuerdo con estas normas, hemos tratado de conocer el pensamiento de Contreras Labarca, Secretario General del Partido Comunista, respecto de varios problemas de interés verdadero. Pero, ante la imposibilidad de conseguirlo, por causas ajenas a nosotros, adelantamos, por ahora, las opiniones del dirigente de la clase media, señor Hidalgo.

—¿Cuál es su opinión de los sucesos de la Zona Norte?

—Se ha afirmado que lo de Copiapó ha sido un movimiento de carácter comunista y esto lo desmienta categóricamente. Los tildados de comunistas son algunos demócratas envalentonados y luego traicionados por Villouta. En cuanto a lo de Vallenar, ha sido una matanza infame. Según informes verídicos que tengo, en la noche del 24 de Diciembre se habían congregado algunos obreros comunistas a celebrar la Pascua en su local; y allí llegaron los carabineros con el insólito propósito de desalojarlos. Este acto de fuerza suscitó la más enérgica negativa de parte de los que estaban pacíficamente reunidos en su hogar social; entonces los carabineros los dispersaron matando a cuatro obreros y dejando a su vez un muerto y un herido. Después de esto los carabineros, enardecidos se fueron a las casas de los sindicatos de comunistas, los sacaron violentamente con el pretexto de supuestos interrogatorios y los condujeron a los alrededores del pueblo en donde los fusilaron en número de cuarenta y dos.

—¿Y la dinamita, bombas y ametralladoras que, según la prensa sería, existía en el local?

—¡Son farsas!— exclama con vehemencia el señor Hidalgo.— Se ha hablado a los cuatro vientos de que los obreros tenían almacenado un verdadero arsenal; pero en el hecho no han aparecido por ninguna parte esos armamentos. Algo idéntico pasó con los quince camiones soberbiamente equipados que, según los diarios, sirvieron para atacar el cuartel del Esmeralda. Esos camiones, ahora, se han hecho humo...

—¿A qué obedece, a juicio suyo, esta discrepancia entre las versiones de prensa y la realidad?

—Creo que se trata de un plan combinado con la finalidad oculta de ahogar en sangre el comunismo que empieza ya a prender en las masas chilenas. Observen Uds. el hecho revelador de que el comunismo es una doctrina que ataca de frente al imperialismo y comprenderán de sobra la suma de poderosos intereses políticos, sociales y económicos, aptos para confabularse contra cualquier avance del comunismo. De que existía ese plan o que por lo menos, había interés en suscitar una depresión, lo prueban esas bombas estalladas en iglesias de Concepción y aquí mismo en la Catedral de Santiago, atentados que la prensa se ha apresurado a cargar en la cuenta de los comunistas. Esto es ridículo. Con ello se pretende mostrar a los comunistas empeñados en una ardiente lucha antirreligiosa, cuando, en realidad, la religión nunca les ha interesado. Uds. saben que en Rusia se permite adorar a cualquier Dios por muy burgués que sea. Además, los comunistas no aceptan los atentados personales, porque creen que no conducen a nada definitivo. Mucho menos se interesan por fomentar motines, porque saben con clarividencia que eso, dentro de los regímenes capitalistas, precipita el fascismo. Aquí en Santiago está organizándose ya el fascismo. Tengo, en efecto, documentos que me prueban que en la comuna Providencia, existe una organización fascista capitaneada por el alcalde en persona. Insisto en decirles que la atmósfera de terror creada en torno al comunismo, es una pura maniobra política a fin de tener pretexto para la consiguiente represión. Esto no es ni siquiera una novedad en Chile. ¿Quién no recuerda lo sucedido bajo la Presidencia de Alessandri en las oficinas salitreras de Coruña? Allí, con análogo pretexto, ultimaron a dos mil obreros y la prensa azuzadora, juró entonces que los comunistas habían tratado de implantar el Soviet en esa zona; se habló, como ahora, de cuantiosos armamentos; y hasta se llegó a decir seriamente que los comunistas estaban provistos de gorros y pellizas a la usanza rusa...

—¿Qué rol le atribuye Ud. entonces a Villouta?

—Este individuo ha jugado idéntico oficio que el del agente Werth en el atentado del puente del Maipo. Villouta ha sido tres veces expulsado del Ejército y es probable que, queriendo congraciarse con sus superiores, se haya prestado para esta ruin comedia. Me aseguran que en la noche del 24 de Diciembre a las diez, fué a decirle al practicante Meneses que era la hora de proceder y que se apoderaran del cuartel. Condujo así a un puñado de crédulos a una celada en la cual él iba a aparecer más tarde como un glorioso defensor del regimiento.

—¿Qué porvenir le ve al comunismo en Chile?

—¿Por qué sólo en Chile? Es algo universal. Asistimos a la quiebra ineludible del régimen capitalista. Los mismos sostenedores de este sistema empiezan a vislumbrar la crisis fatal y procuran su salvamento mediante nuevas concepciones que tienden a socializar en apariencia, conservando la íntima estructura capitalista. Pero tales paliativos no salvan ya a un régimen en descomposición. Y, como Chile pertenece al conglomerado mundial, por fuerza tendrá que amoldarse a los hechos en marcha. Eso sí que en Chile se ha producido un retardo en las aspiraciones del proletariado, debido a la amorfa dictadura de Ibáñez. Pero el afianzamiento del régimen capitalista bajo Montero ha engendrado correlativamente la oposición del proletariado. Marx ha dicho con videncia genial que el capitalismo lleva en su propio seno los elementos de su propia descomposición. En efecto, toda concentración capitalista crea su contrario. En Chile es visible esto en las zonas salitreras y carboníferas en donde los obreros tienen conciencia de su rol de defensa. Esos mismos obreros desparramados en las zonas centrales pierden el espíritu combativo y revolucionario que da la concentración de masas.

—¿Cree Ud. en una revolución próxima en Chile?

—Creo que se avecina una revolución pequeña, burguesa. La clase media que tiene mentalidad e intereses propios, no coincidentes con los del proletariado, está descontenta y se jugará por entero en una revolución de carácter reformista. No

sería extraño que esta alteración diera paso a su vez a la verdadera revolución comunista.

—¿Y no estima Ud. que oportunas reformas hechas por los actuales hombres de Gobierno aljarán el fenómeno social que usted prevé?

—No lo creo. No es cuestión de reformas ni de hombres, sino transformación total del régimen. Ya se han dictado aquí medidas de alivio, como la moratoria, la emisión de bonos, el alargamiento de plazos de las hipotecas, etc.; pero son medidas transitorias y todo lo que hacen es estirar la agonía del régimen. No hay mejoría posible cuando el imperialismo yanqui controla la luz, la fuerza eléctrica, las salitreras, las minas de cobre y otras actividades fundamentales, sin contar seiscientos millones de pesos en bonos. En una palabra, la casi totalidad de la economía chilena. La única solución que entreevo, sería la socialización de la tierra. Es irritante que teniendo Chile capacidad para nutrir a 40 millones de seres humanos, haya en esta hora más de trescientos mil hambrientos. Pero el régimen no resolverá éste ni ningún otro problema vital. Su voluntad se prueba con este hecho de sombría elocuencia: mientras el Ministro Blanquier solicitaba del Congreso autorización para castigar los sueldos en un 36%, enviaba otro proyecto de ley rebajando el impuesto global a la renta. Es decir, al mismo tiempo que se reventaba a los asalariados, se les procuraba un alivio más a las clases poseedoras. Ahora mismo, la reciente ley contra la cesantía empieza gravando los sueldos ínfimos. ¡Y crea Ud. en la buena voluntad de los gobernantes! La rebaja del impuesto a la renta es una inmoralidad que retrata al régimen. La mayoría de las grandes rentas son de capitalistas extranjeros y por ello son intocables; cada vez que algo amenaza a los estrujadores, entran en juego misteriosos resortes. El petróleo es un caso típico. Chile podía haber traído petróleo de Rusia a cambio de salitre y refinarlo aquí; pero hubo un consorcio extranjero que ofertó cien millones de pesos con tal que no se estableciera ese negocio por cuenta del Estado. Podía multiplicar los ejemplos. Los sostenedores del capitalismo no tienen más mira que el reparto. Consideran a Chile como una hacienda propia y estrujan firme. Son rigurosamente lógicos dentro de su mentalidad capitalista. Da vértigos mirar los sueldos con que se regalan algunos de los administradores de esta mansa hacienda. El señor Houston— presidente de la Cosach— gana 400 mil pesos anuales. Cada consejero de esa institución se mama 80 mil pesos. Se explica así el delirio de los hombres por repartirse los puestos públicos, ya que así están más ágiles para saltar a las más altas granjerías. Naturalmente estos hechos son ocultados o sabiamente aderezados por la prensa nacional, porque la prensa está organizada para defender a los que triunfan. Si mañana cayera el capitalismo y lo reemplazara el sistema comunista, tengan por cierto que los grandes diarios empezarian así sus honrados editoriales: "Por fin ha caído un régimen nefasto..."

—¿En su calidad de dirigente, Ud. se ciñe estrictamente a las directivas de afuera?

—Yo estoy con la III Internacional; acepto la línea política que ésta indica, pero procuro adecuar sus directivas a las modalidades de nuestra idiosincrasia. Si la III Internacional nos indica que debemos acelerar el proceso contra el imperialismo yanqui, aceptamos esta norma; pero el método, la estrategia, para lograrla, nos corresponde elegirlo a nosotros. No se puede dirigir un movimiento social desde afuera. Además, esto crea dirigentes a medias, sin iniciativas y sin conciencia de sus responsabilidades. Prefiero ser responsable de mis actos aun a riesgo de equivocarme. El comunismo tiene sus exageraciones. Por ejemplo, nos ha sistemizado el lenguaje. Hay quienes me llaman traidor porque he dicho alguna vez "nuestras industrias". No podemos aceptar todo lo ruso sin digerirlo. Aun el mismo proceso de la revolución es peculiar de allá, aquí lo modificarán substancialmente; nuestra estructura económica mentalidad y costumbres. Hay que tener presente que en Rusia la revolución prendió con rapidez porque las clases dirigentes estaban en un agudo período de descomposición que les impidió resistir con éxito, porque el país era susceptible de producir todo lo indispensable para subsistir y finalmente, porque Rusia era y es una potencia poderosa, capaz de decirle a cualquier Gobierno extranjero: "¡aquí mando yo!"

s u m a r i o

Juan Gandulfo a través de Manuel

Rojas, González Vera, Sergio

Atria, Santiago Ureta y Adolfo

Allende.

Grafología mural por el Doctor

Alfredo Demaría.

Los políticos y otras cosas.

Problemas cinematográficos por

E. Silva Espejo.

Precio: 30 centavos

Crónica de Bellas Artes

El acontecimiento más importante de nuestra vida artística ha sido el triunfo de la Asociación de Artistas de Chile, al imponer sus puntos de vista sobre la reorganización de la Escuela de Bellas Artes.

Este establecimiento estuvo durante mucho tiempo en manos de señores de buena voluntad, que toman el arte y sus estudios y lo llevan como los pijes llevan la flor en el ojal.

Hombres de una superabundante vanidad, con un concepto ni siquiera mediano de la actividad en que se desenvolvían, con una asustadora superficialidad de los problemas que atañían a la enseñanza, en manos de ellos las Bellas Artes languidecían en una estéril rutina pedagógica, obstaculizando sistemáticamente todo movimiento renovador, ahogando toda iniciativa, toda inquietud juvenil.

Los hombres que están a cargo ahora de la Escuela, son hombres jóvenes. Ha constituido una labor inmensa, dura, producir este nuevo estado de cosas, pues los intereses creados permanecían hondamente arraigados y fuertemente defendidos por ese determinado grupo.

Ha triunfado la doctrina mejor y la más propicia para suscitar un ambiente de actividad creadora.

Y este hecho es necesario destacarlo y presentarlo ante la vista de la gente que algún interés tiene en el porvenir de la cultura artística nuestra. Y alentarlos y defenderlos. Porque no es una situación definitiva, y pudiera acontecer que los vaivenes de la política o la pecha de los que tratan de medrar, — que siempre los hay en todas partes — echen a perder una hermosa realidad.

En este plantel están funcionando los talleres libres por los artistas que se dedican a

la investigación de su respectiva especialidad. El trabajo aquí se efectúa sin más normas que las que impone el gusto y la cultura de cada cual. Al contrario de lo que pudiera pensar el sentido común, esta circunstancia ha sido de un indudable provecho para el término medio de sus componentes.

Existe también el alumnado el cual tiene la facultad de elegir sus profesores. Un grupo aprende con el profesor de sus preferencias, otro con el de las suyas. Y así. Las actividades se han desarrollado normalmente y el éxito de ellas se puede establecer comparando la antigua asistencia efectiva, que no pasaba de cuarenta, con la actual que llega a ciento cuarenta, con un gasto mínimo para el Estado, ya que todos los profesores desempeñan sus cátedras ad-honorem por el presente año.

Es la única Escuela Universitaria que ha visto triunfar casi todos sus anhelos y es en toda la América el establecimiento que cuenta con una organización más moderna y racional.

La Asociación de Artistas Libres, su actual inspiradora, ha organizado los mejores salones de arte, que hayamos visto en nuestra tierra.

Es necesario acentuar la labor de esta juventud y estimularla para que persista en la línea de conducta que se ha trazado y para que mantenga íntegramente sus anhelos de renovación pedagógica.

También es necesario que las gentes de afuera se den cuenta de este acontecimiento y de la trascendencia que él tiene en el futuro desenvolvimiento de las Bellas Artes chilenas y en el aporte efectivo que significa en el enriquecimiento del ambiente cultural.

J. BRAND.

Problemas Cinematográficos

Cuando el aficionado al cine, revisa las publicaciones técnicas en que se da cuenta detallada del progreso de este arte, cuyo foco de influencia se pierde en el fondo mismo de las multitudes, puede constatar, sin mayor esfuerzo, que el cinematógrafo, en sus aspectos más trascendentes, no se conoce en Chile.

Años atrás, visitó nuestras clínicas, el profesor Krauss, eminente catédrico, especializado en cirugía cerebral, que dictó algunas conferencias de divulgación científica en nuestra Universidad. El público pudo ver, con tanto interés como admiración, algo que tenía la violenta sugestión de lo nuevo; se trataba nada menos que de una cinta cinematográfica, donde era dable seguir fase por fase, el desarrollo de una trepanación, efectuada por el propio conferenciante.

Los distintos sectores del campo operatorio, aparecían discriminados nítidamente, pues, el mecanismo impresor de la película hallaba colocación a pocos centímetros del operado; si hubiéramos dispuesto en aquel entonces, de una *talking picture*, habríamos sentido el áspero trabajo de la fresa trepanando el hueso. En suma, aquella película enseñó al auditorio, hechos cuya simple exposición discursiva, no habría bastado a dilucidar en forma tan precisa y plástica.

Posteriormente, no se nos ha brindado la oportunidad de presenciar el desarrollo de una cinta de la claridad y elocuencia de la consignada. Es preciso advertir, que, en Europa y en los Estados Unidos, los alumnos universitarios pueden disfrutar a diario de este mecanismo cinematográfico orientado a la pedagogía.

No hay razón alguna que justifique nuestro compás de atraso, como trataremos de probarlo.

Periódicamente, cruzan la vía andina, innumerables películas, de corte galante, en el mejor de los casos, formando mayoría las de carácter puerilmente chabacano, de tal modo, que, junto con registrar el aficionado la curva progresiva de la técnica, ve sucederse en una fila aborregada, los mismos temas tratados por diferentes artistas, que cumplen su rol a las mil maravillas, pero, sin dejar en el espíritu de la multitud ningún sedimento instruc-

tivo, que se aparte algo siquiera de ese erotismo a tanto la libra.

Claro está, que, en medio de la balumba de rollos de un mismo abolengo, llegan algunos y nos indemnizan de tanta tontería, que son como lamparones rutilantes, después de una espera fatigosa. Tal fué el efecto que produjo en nuestro ánimo, la película del año pasado "Lucés de la Ciudad", donde aparece el verdadero creador del cinematógrafo moderno: Carlos Chaplin. He aquí, un hombre que merece párrafo aparte, por ser único en el sentido stirniano del vocablo; maneja la propiedad de su espíritu, como quién diseña el orden de los frutos en la heredad. Es el loco de la Mancha dentro del cine y como aquél también tiene su caballo de celuloide y sobre él trota por los campos de Montiel, llevando sobre sus lomos aporreados, dos grandes acémilas, una cargada de llanto y la otra cargada de risa y Sancho corre a su siga, montado en el borrico de la realidad y Charlot sigue, bastón en ristre, desafiando a los representantes, del sentido común.

Gran parte de complicidad en el anacronismo de nuestro cine corre de cuenta de la comisión de censura, que, si no tiene atribuciones para exigir de los empresarios determinado linaje de películas de orden cultural, por lo menos debiera ofrecer una razonada y constante oposición a los que comercian con los espectáculos cinescos. De esta suerte, podría obtenerse, a la larga, un conjunto de representaciones de difusión científica que hicieran escuela entre el grueso público, como se practica a la continua en los teatros alemanes, suizos, belgas, italianos. Por tal razón, se nos ocurre que la comisión de censura cinematográfica debería estar integrada con mayor fruto, por un biólogo, un profesor en ciencias naturales y un artista, a cargo de la mise en scene. No se trata de un cambio snobista de lámparas viejas por nuevas, sino de un movimiento aconsejado por la actual y pobre realidad de los espectáculos, y por el ejemplo que nos ofrecen países más maduros y cuerdos que el nuestro.

El cine, debe ponerse al servicio de la enseñanza, ya sea destinando anualmente un ítem del presupuesto de instrucción pública para encargar películas destinadas a enseñar placente-

ramente o estudiando cualquiera otra fórmula que sufrague el mismo fin.

¿Cómo es posible, que en nuestros liceos, los alumnos no hayan podido constar el proceso de formación de un estoma o la multiplicación de un huevo, mientras los alumnos belgas y suizos, hace veinte años que disfrutaban de la observación de fenómenos biológicos tan altos como los mencionados, gracias al equipo cinesco?

En los congresos de cinematografía de Basilea y de la Haya, de los años 1927 y 1928, respectivamente, se trató en extenso de estos problemas, discutiéndose en forma apasionada y hasta en sus pormenores, la técnica a que habría que adaptar la producción de películas escolares: formato, colorido, metraje, motivos, y corte artístico; dejándose sentado el precedente de que el auxilio que recibirán profesores y alumnos del mecanismo cinematográfico, sonoro o mudo, es poderoso.

Dice Walter Günther "que las personas directamente interesadas deberían emitir sus opiniones, compararlas, coordinarlas y comunicar cuanto antes sus resultados a la industria para que los productores sepan lo que los maestros, los educadores del pueblo y la juventud esperan de ellos".

Las condiciones técnicas fijadas a las películas pedagógicas en el último Congreso, son estas: deben traducir la verdad de los hechos, satisfacer las exigencias de orden cultural y llenar todos los requisitos de presentación artística ajustándose en lo posible al buen gusto.

Para significar la importancia que se le asigna al cine educacional, traeremos en abono algunas opiniones de sabios y pedagogos especializados en la materia.

Paul Painlevé, al referirse a una encuesta que se le hizo a este respecto, dice: "mi fé en el cine de enseñanza no es de hoy. En 1915, siendo Ministro de Instrucción Pública, formé una Comisión para el estudio de la enseñanza por medio del cine. Mi opinión no ha variado; el cine es útil en la enseñanza, simplificándola, presentándola en resumen en una época en que los programas están tan cargados que hay que ir necesariamente muy aprisa".

Nouailhac, profesor adjunto del Liceo Pasteur, sostiene sobre la materia: "Algunos refractarios dicen: "Con vuestro sistema rebajáis la enseñanza, divertís a los alumnos, los desacostumbráis al esfuerzo y a la reflexión personal". Pero no tenemos más que una ínfima minoría de alumnos capaces de un pequeño esfuerzo personal y de espíritu crítico. En éstos, las preciosas cualidades apuntadas, no quedarán disminuidas por haber visto imágenes, y los demás, en cambio ganarán".

Liquier, Inspector de Enseñanza Primaria, se expresa así: "He asistido a muchas lecciones filmadas y he obtenido la convicción de que el cine escolar, practicado por un maestro documentado, hábil para provocar la observación y sabiendo hablar a los niños, es un valioso instrumento de enseñanza y de desarrollo intelectual".

Es preciso subrayar un hecho indiscutible a la hora actual: la pantalla cinematográfica ejerce influencia de primer orden sobre el público que asiste a las representaciones, llegando a moldear hábitos. Cotidianamente es dable anotar la copia que hacen nuestras niñas de las expresiones de sus artistas favoritas; lo mismo podría decirse de los gomosos que encontramos a cada paso; y de los pilletes que estilizaron sus actitudes contra la propiedad, viendo discurrir por la tenia solitaria de la película, el proceso policial de un asalto nocturno. Entonces ¿no valdría la pena orientar esa inmensa carga de energía hacia fines sociales fecundos?

¡Desgraciadamente, precisa despertar! Vivimos en el país de la carreta "chancha", donde la inopia de todos los climas, parece que hubiera encontrado su cuartel general; donde es peligroso remover funcionarios que marchan colgados del carromato estatal; donde hay que arrojar sobre el platillo de toda deliberación importante, unas cuantas cruces o unos cuantos triángulos!

Eugenio SILVA ESPEJO

piratas de tierra

La teoría indica que nuestro gobierno es presidencial, pero, la realidad es que los partidos electores de S. E. don Juan Esteban Montero, están repartiéndose las intendencias, las gobernaciones, las alcaldías y hasta los cargos de subdelegados.

Antes de la elección presidencial se habló mucho de que el señor Montero llegaría a la Presidencia sin compromisos. Ahora los conservadores, los liberales azules, blancos y bermejos, y los radicales se disputan todos los cargos públicos con la conciencia de que se trata de un botín.

Estas gentes que se persignan a menudo, que hablan de la patria y de los grandes ideales, y que succionan al presupuesto con voracidad ¿qué representan moralmente?

—G. V.

BOYCOT A LA PRENSA

Algo sobre la crisis chilena

“El Mercurio” y “El Diario Ilustrado”

Varias instituciones, entre ellas la Confederación General de Trabajadores y una sociedad de agricultores, han decretado el boycot contra los diarios grandes, acusados, uno, “El Mercurio”, de lo que ha padecido siempre: inepticia intelectual y cobardía moral, y el otro, “El Diario Ilustrado”, por su actuación de perro de presa del actual estado de cosas.

Nada hay más triste, en realidad, que la pobreza ideológica y la servidumbre incondicional de esos dos diarios. Encerrado el uno en su dogmatismo conservador, más fuerte mientras más arriba está el partido, y el otro en su eclecticismo sin riñones, que lo hace servir al que manda, su labor de orientadores de la opinión pública está completamente desvirtuada. Sus directores, tal vez buenos periodistas y respetables personas, pero faltos en absoluto de otro sentido espiritual que no sea el del comercio de avisos o el mantenimiento del sueldo propio y el del partido en el Gobierno, a despecho de toda alta moralidad y chinchándose en la verdad si necesario es chincharse, realizan en las páginas de sus diarios respectivos una labor nefasta: el azuzamiento del odio de clases, preconiando la persecución de los individuos que no creen que vivimos en un estado ideal y justificando cuanto crimen se comete al amparo de la palabra orden.

Por estas causas recomendamos y excitamos a nuestros amigos y lectores a adherirse a este boycot, no por el alcance económico que él pueda tener—y que es casualmente el que más afectaría a las empresas respectivas— sino por la coacción moral que él puede importar. Es necesario hacer presente a esos señores que existe una, aunque sea mínima, conciencia entre sus lectores y que ella necesita también ser correspondida y satisfecida, pues no sólo de avisos económicos, de servidumbre y de capacidad conservadora vive el espíritu humano.

No leamos, pues, ni “El Mercurio” ni “El Diario Ilustrado”. Son diarios que, aun a despecho de su propia dignidad, sólo quieren, el uno, llenar las bolsas de sus escasos accionistas, y el otro, mantener los puestos que sus prohombres han logrado conquistar después de la caída de su enemigo el coronel Ibáñez.

paro general

Si consideramos la oposición franca de los elementos llamados de orden: prensa, policía, estudiantes universitarios, burguesía mendicante y clase media reaccionaria, tendremos que aceptar que el reciente paro general fué un éxito completo y superó las mejores expectativas.

El temor de que dió muestra el Gobierno, manifestado por el despliegue estupendo de fuerza armada que daba la impresión virtual de un estado de sitio no declarado, confirma enteramente nuestro aserto.

Claro es que para arribar a las deslucidas conclusiones que los dirigentes obreros dieron a conocer en repetidas publicaciones, no era necesario recurrir a un paro general. Es éste un elemento de presión demasiado im-

Sería curioso y más que curioso, sintomático de nuestra vida americana, puntualizar lo que se ha ganado con el movimiento revolucionario de Julio. Alguien podría decir: la libertad completa de cada cual y para todos. ¿La libertad completa? Tal vez la libertad como simple condición personal de no vivir amenazados por la policía, porque, en cambio, ¿cuándo las clases modestas o populares vivieron más expoliadas por la miseria, por toda clase de necesidades, mientras la especulación encarecía los artículos de primera necesidad, a costa del hambre de todos? Registre el curioso las listas de los precios en los mercados, publicadas en los dos meses últimos por la prensa y se verá hasta donde el azúcar, el trigo, el aceite, el arroz, el té o el café han incrementado sus precios sin que medie una razón apreciable. Por la inversa, jamás el azúcar estuvo más barata en los países que la producen, hasta el punto que Cuba no alcanza a cubrir el precio de sus cosechas con la producción. Algo por el estilo ocurre con el trigo: mientras la Argentina podría dárnoslo a dieciocho pesos y los rusos lo ofrecen a doce, en Chile ha alcanzado hasta cuarenta pesos. ¿Por qué? Porque Chile ha mantenido siempre una especie de casta privilegiada en sus agricultores, que así como han impuesto el gravamen cordillerano para la carne argentina, que podría ser tan barata en el país, han malogrado también la posibilidad de ferrocarriles como el de Salta a Antofagasta, que representaría el abaratamiento de la vida en la ciudad más cara de Chile. El ganado que se envía a la pampa hace la riqueza de la agricultura del sur, mientras encarece de manera inverosímil un artículo de tan imperiosa necesidad para la vida del trabajador sufrido como es el que se ocupa en las faenas del salitre o del cobre.

Los agricultores chilenos, que durante un siglo ganaron lo que quisieron, ahora se encuentran medio arruinados porque siempre gastaron cincuenta veces más de lo que producían, sabiendo que los espaldaba la Caja de Crédito Hipotecario, institución de verdadero arraigo aristocrático, en la cual la mayoría de los préstamos exceden a las más altas valorizaciones de las propias tierras hipotecadas. ¿No decía, hace poco, un diario mañanero de Santiago, que cierto fundo cuyo valor no es superior a tres millones de pesos, tenía un préstamo hipotecario de cinco millones? Esto no es fantasía sino un sencillito capítulo de esa deliciosa danza de los millones, que ha sido la historia de estos últimos años de nuestra

portante y valioso para emplearlo en la obtención de finalidades reformistas y de alcance limitado.

Menos se explica aún el hecho equivocado de transformar un medio de acción revolucionario en peticiones quejumbrosas y dolientes a los guardadores de la legalidad pública.

Si un paro general no persigue la plasmación real de sus propósitos, por la fuerza de su misma generación, quiere decir que desvirtúa el poder de su naturaleza intrínseca.

agricultura, que ha tenido el gobierno del país, hasta el advenimiento de Alessandri, que fué el primero en atreverse contra ella, legislando valientemente en defensa de las clases pobres.

Ibáñez, a raíz de subir al Gobierno, quiso hacer algo más y hasta intentó tres o cuatro medidas harto audaces; pero se contuvo ante las puertas de la Caja Hipotecaria y ante las defensas de la Sociedad Nacional de Agricultura, institución que defiende los intereses de sus adeptos con un criterio de perfecta ignorancia o previsión de los tiempos que corren. Ella es la gran culpable del aislamiento del país, cuando, en todo momento Chile debió franquear su cordillera ante la Argentina, que se habría vaciado fácilmente al Pacífico. Valparaíso, puerto libre, ferrocarriles como el de Salta o el de las regiones madereras, significarían para Chile beneficios inmediatos: trigo y carne argentina a bajo precio y, por lo tanto, pan barato, pan al alcance de todo el mundo, no este pan de lujo, de pésima calidad y de menguado tamaño, que ahora se vende a un precio inigualado en ningún país del mundo. Pero, claro está, los agricultores de Chile son celosos de su riqueza y jamás soltarán su presa, mientras tengan influencia sobre el Gobierno, sobre los Bancos, sobre todos los elementos dirigentes del país. Ibáñez, que se atrevió con los especuladores de la Bolsa, tuvo miedo de los agricultores que, sin embargo, se habían vuelto contra él porque les impuso crecidas obligaciones sobre sus rentas y porque malogró los pujos feudales, de señores de horca y cuchillo, con que ventilaban todas las cosas relativas a sus intereses en sus feudos campesinos.

De mal en peor la actual crisis chilena, llegará hasta la desesperación misma. Amenazado el cobre con un impuesto en Estados Unidos, con el cual se pretende contrarrestar la producción chilena, más barata, para darle trabajo a sus minas y evitar las consecuencias de la desocupación; condenado a muerte el salitre ante la producción sintética, no queda más esperanza que el trabajo modesto de nuestras tierras. La Guerra Europea creó la necesidad de los productos nitrogenados. Alemania, Italia, Inglaterra, Noruega, tienen sus plantas industriales. ¿Qué hizo Chile, para contrarrestar esa producción? Algo bien estúpido: entregarle toda la producción a los norteamericanos, para que hicieran de intermediarios en sus ventas, imponiendo precios, desplazando a los tradicionales vendedores del producto chileno que, desde hace más de medio siglo, lo ofrecían en los mercados europeos; enviando agentes yanquis, que imponían hasta los precios en dólares y que ignoraban las necesarias modalidades de los mercados europeos. Esos mismos comerciantes, que se entendían con los agricultores, con los vendedores pequeños, en cada país, se ofrecieron inmediatamente a los productores sintéticos y de ser los más eficaces propagandistas y expendedores de nuestro salitre, pasaron a ser, pronto, los peores enemigos. Los resultados que estamos probando en carne viva ahorran todo comentario.

Entretanto ¿qué se ha hecho o qué se hará?

En otro artículo lo veremos.

Juan VERDADES.

Juan Gandulfo

Un Juan Gandulfo



El primer cartel de Juan

(Cartel publicado en el N.º 14 de "Claridad")

¡Siembra, Juventud! La tierra es propicia, el momento es único.

Que el bruñido arado se desgaje en astillas al tatuar la corteza árida y dura que oculta la tierra fecunda.

Que vuestras vértebras se gasten por el esfuerzo titánico del torso doblado tras la herramienta creadora.

Que vuestro pecho se combe pleno de aire, así como el velamen de la nave en lucha con la tempestad.

Que vuestros músculos crujan y la piel estalle bajo la tensión de los tendones y noble sudor del trabajo bañe tu cuerpo fuerte y refresque tus labios reseco como una salobre brisa marina.

No temas ni a las zarzas ni a la noche. La verdad es llama: quema e ilumina, las zarzas chisporrotearán y tenderán al viento sus enmarañadas cabelleras al sentir tu voz profética, y las víboras serán carbonizadas en su seno.

¡Y tu verba te envolverá en un halo blanco y luminoso, y las muchedumbres vislumbrarán el único camino: el de la rebelión!

¡Siembra, Juventud! La tierra es propicia, el momento es único.

Sepulta la diestra desollada por el esfuerzo en la talega de trigo y que la semilla morena se tiña de púrpura al contacto de vuestras manos sangrientas y que al lanzarlas brillen al sol, cual rubies inundando de claridad el surco negro que, como una estela anunciadora, vas dejando tras de tu planta redentora.

¡Siembra, Juventud! La tierra es propicia, el momento es único.

Y si tu corazón estalla en la jornada noble, tu sacrificio será fecundo. No se levantará una desnuda cruz, ni una lápida estéril cubrirá tu cadáver; pero tu cuerpo de titán al sepultarse en la gran llanura, formará una montaña inmensa. Y sobre ella se erguirá el pueblo, y su cuerpo negro y deformado por la explotación, brillará como una tea anunciadora al bañarse en la luz virgen del sol de la Humanidad Futura.

¡Siembra, Juventud!

Palabras de un capitán.—Su generosidad y abnegación excedían toda norma. No sólo atendía gratuitamente. Había ocasiones en que daba dinero para medicamentos. Por algunos trasnochaba y se empeñaba con los boticarios. Sin embargo, solía tener con esos clientes gratuitos la más encontrada suerte. Durante meses estuvo atendiendo de una grave enfermedad a un capitán y su señora, sin cobrarles. Esto no impidió que, cuando vino la persecución bajo el gobierno sanfuentino, y algunos inconscientes propalaron la especie de que Juan recibía oro peruano, el capitán, por charlatanismo, se diera el gusto de expresar en un grupo, que se había visto en duros aprietos para probar que con ese traidor, tenía únicamente relaciones de cliente a médico. Gandulfo le envió de padrinos a Santiago Labarca y Laín Diez. Naturalmente, se excusó diciendo que ese día había hablado después de catar los más diversos licores...

El bailarín argentino.— En otra oportunidad, atendió gratuitamente a un bailarín argentino, al que regaló hasta las inyecciones. Este, tan pronto como estuvo repuesto hizo, en casa de una elegante discípula suya, el más fantástico de los relatos: "Encontrándome un tanto delicado, llamé a este sujeto, que vivía en la vecindad de mi casa, y le dí a ganar algunos pesos. Solíamos, durante sus visitas, cambiar algunas palabras, pero no tantas como para que se tomase confianzas conmigo. Sin embargo, tuvo la osadía de pedirme que colocase en casa de la distinguida señora H. una bomba que él me traería". El éxito de este relato fué grande, porque Juan Gandulfo se encontraba oculto en un pueblo del Sur.

Las puertas robadas.— En los negocios, también solían las circunstancias ponerlo en contacto con individuos raros. Una noche llegó un mensaje en que se le anunciaba que de su casa, el dueño anterior, había retirado las puertas y buena parte de las planchas de zinc. Con grande indignación fué donde el referido ex-propietario y le increpó su conducta. Este, después de pasar por el pálido y el rojo, le explicó: "temí que la vecina se robara las puertas y el encingado... Por eso los retiré para guardárselos".

Represalia de índole amorosa.—A raíz del cuartelazo del año veinticuatro, fecha desgraciada para siempre, lo encontré y le pedí su opinión sobre lo que podía hacerse para salvar las libertades e impedir la dictadura. Juan contestó largando su estrepitosa risa: "Yo me estoy tomando una pequeña represalia con la hermana de un mayor. Después pensaremos en algo nuevo". Y se fué con sus pequeñas manos embolsicadas.

La propina.— Poseía una capacidad notable para imitar el lenguaje de los roteques. En un baile de la antigua Federación de Estudiantes, estuvimos a cargo de la ropería. Al alba, un pije bastante espirituado, a cambio del sombrero y el abrigo, le alargó un peso, diciéndole: "tomá, gordito". Gandulfo respondió con un "gracias patrón", tan perfectamente popular, que no pude contener la risa. Asimismo era único para referir cuentos sobre gente pobre y relatar asuntos dialogados.

Su oratoria.— Era muy gráfico como orador y asperísimo. No tenía igual para la adjetivación. Sus discursos por lo drásticos eran como de polvo de roca. Y las respuestas que daba a los ingenuos que se atrevían a interrumpirle causaban efecto fulminante. A uno le respondió así: "cállese, intestino con patas!" Ese tipo de respuesta aniquilaba para siempre al interruptor y lo llenaba de ridículo.

Hace muchos años, alguien me contó que don Carlos Dávila, después de oírle un discurso, había dicho: De todos los oradores populares que he oído, éste es el más peligroso, porque magnetiza a sus oyentes. Hago esta cita, por el juicio que ella encierra, aunque no podría responder de su autenticidad.

La bandera.—Su vida de estudiante está llena de episodios humorísticos. En un dieciocho de Septiembre llega a su casa un oficial de policía y le dice:

—Señor, Ud. tendrá que pagar multa por no haber puesto bandera...

—¡Y esa que hay arriba!

El oficial con esfuerzo mira y no descubriendo nada le responde, cortante:

—Señor, mi cargo no me permite aceptar ninguna clase de bromas.

—Yo no bromeo—respondió Juan Gandulfo—Mire bien!

El oficial con molestia cierta, ensaya otra mirada y descubre, recorriendo toda el asta, que, en lo alto, exactamente en el tope, casi ondea una banderilla de esas que Ramis Clar pone en las tortas.

Era un obrero.—Gandulfo, fuera de ser una eminencia en su profesión, poseía un talento de ricas facetas. Escribió gran parte de los carteles que figuraron en este periódico, hacía grabados en madera, dibujaba caricaturas o asuntos de utilidad científica. Siempre tenía ocupadas sus manos en una labor inteligente. En esto se parecía a un obrero, a un buen artesano. Acaso residió en su sabiduría manual el secreto de la simpatía que le unió en todo momento a los trabajadores.—G. V.

IVAN.

nuestro juan gandulfo

Nadie olvida aun su cabeza regordeta, media calva ni su frente madura bajo la cual chispeaban sus ojos traslúcidos de sonriente juventud. Camina entre nosotros, alegre y decididor, como todos los días, con ese sabroso humor tan suyo que le servía a maravilla para disimular su corazón abierto a todos. Camina entre nosotros todavía. Y, sin embargo...

Era Juan Gandulfo una suma de hombres. Todos diferentes sin ser contradictorios. Les unía esa recia generosidad de su pecho, siempre en vigilia, y que constituía acaso su único misterio. Evocar tal como fué en la vida es difícil aun cuando la emoción mueva las palabras.

Cordialmente se ha hablado de él como amigo, como médico, como guía de estudiantes, como inquietador del hermano proletario. Pero se le ha olvidado como periodista. Estas páginas le tuvieron como redactor en esa época, romántica y levantisca, de la vieja Federación de Estudiantes.

Obreros y estudiantes pedían entonces algo insólito en la sociedad chilena. Pedían justicia y pan. Los patricios de Chile, dueños de rebaños de hombres y de animales, sintieron al principio un súbito encogimiento. Habían hecho de la mansedumbre del pueblo una virtud de orden y no aguardaban esta rebeldía. Pero, rehechos con pres-teza, iniciaron una devoradora represión persiguiendo a los subversivos. Conjuntamente sellaron sus periódicos y redujeron a cenizas sus locales.

Uno de los primeros en empuñar su protesta fué Juan Gandulfo. Desde ese instante su suerte quedó decidida. En Abril de 1920 fué encarcelado por decir que el presidente Sanfuentes era inapto para resolver los problemas sociales. "Aquello sucedía— cuenta Gandulfo— mientras se mantenían en huelga los carboníferos, los cuales llevaban varios días de ayuno bajo la lluvia, y se veían obligados a enterrar a sus hijos en la arena de la playa para que no murieran de frío, pues la población minera ha-

bía sido arrojada violentamente de sus hogares". Por análogo saludo a la verdad, fué apresado de nuevo el 29 de Agosto del mismo año permaneciendo noventa y ocho días en la "Siberia" como llamaba pintorescamente a la Cárcel.

Por esa época salía este periódico como el joven hondero al encuentro de Goliath.

Gandulfo fué uno de los que se apresuraron a venir aquí, movilizados por la libertad grande. Su primer artículo, empezado en la persecución y acabado en la Cárcel, apareció el 27 de Noviembre de 1920. Historiaba en él aquella hora inquietante— cien veces repetida después— en que el clamoreo del hambre era estimado subversión.

Desde ese comienzo fué fiel a estas páginas. Escribía de preferencia carteles firmándolos primero con el pseudónimo de Iván y luego de Juan Guerra. El cartel es un género de la literatura revolucionaria. Participa del pensamiento y del lirismo y requiere un brío quemante que envuelva la idea en canto y hervor. Gandulfo sobresalió pronto en esta espiritual artesanía. El cartel se colorea de vida bajo su pluma; las palabras encienden sus fuegos y expresan con una vehemencia magnética la ironía y la esperanza, la media voz de la ternura y un desprecio erizado de zarpas.

Aparte de esta obra de fervor, escribió aquí numerosos artículos latigueando la comedia cotidiana, oponiendo a las maulas de los gobernantes y de la prensa su arisca sinceridad. Hay un artículo suyo que es alucinante; narra en él con amarga veracidad las depravaciones en que deben caer los presos, dos veces condenados por la ley.

Su pluma es daga cuando se hunde en estas miserias de la burguesía. Estalla otras veces en volterianas chispas para fulminar mejor. Así, a unos veteranos que piden socorros al Gobierno les dice con gentileza: "¡Eh, viejitos pediguéños! sed respetuosos con la patria y sus gobernantes, ya que ellos son generosos y os permiten pedir

limosna". Con el mismo tonillo amistoso les florea estas palabras a los obreros: "¡Compañerito obrero, hay que alegrarse: hoy es 18 de Septiembre, hace más de cien años que somos un pueblo libre! Así lo gritan los patrones y debe ser cierto". En otra ocasión, interrogado sobre la libertad de opinar que desconocía el Gobierno de entonces, escribe esta sentencia lapidaria: "Debemos estar agradecidos del Gobierno que aun nos permite la libre emisión de la orina".

Otra faceta de este hombre extraordinario son los dibujos que destinó a este periódico y que tienen un sabor inefable. Nadie podrá olvidar aquellos con que decoró un artículo de Alfredo Demaría sobre "Grafológia mural". Con este asunto, los finos y caladores ojos de Juan atraparon ciertos rincones de arrabal con una fidelidad y una gracia criolla estupendas.

No cesa aquí el aporte de Juan Gandulfo para Claridad. También desempeñaba oficios más humildes. Corregía pruebas y, ya de madrugada, salía con otros muchachos a pegar nuestros anuncios por la ciudad solitaria. No estaba exenta de peligros esta aventura; requería piernas de conejo para escabullirse, porque los guardianes solían despertar y, por no incurrir en deliberación, seguían a cualquier transeunte, cabalmente a los más pacíficos. Recuerdo una vez que estábamos pegando con toda proligidad un cartelón en el penumbroso atrio de la iglesia de San Isidro y Juan me decía: "Si nos sale un paco le tiramos el engrudo por los ojos". En este instante oímos un sordo bostezo y del atrio en sombra emergió un policial gigante velludo y tatuado de viruelas; parecía el dios del mal. No lo pudimos verificar a ciencia cierta porque hubimos de irnos en volandas, perseguidos por la aparición.

¡Admirable Juan Gandulfo! En todas sus obras ponía una saludable voluntad de perfección. Merced a eso salía airoso en todo: en una operación arriesgada como en un dibujo irónico; en un artículo tempestuoso como en una carrera obligatoria...

Era la acción misma. ¡Por eso, cuánto cuesta imaginarlo ahora inmóvil, recostado para siempre en el pequeño cementerio de Viña del Mar!

Sergio ATRIA.

Mi madre, Juan Gandulfo y la muerte

Hace algunos años, tal vez seis o siete, llegué yo a Santiago. Regresaba del último viaje que hice en busca del verdadero hombre que había en mí. En la estación, esperando a ese hombre, que quizás no llegó, pues hasta este instante nadie sabe si el llegado aquella noche era yo o era el que yo había ido a buscar, en la estación, digo, estaban tres personas: mi madre, Juan Gandulfo y González Vera. Nos abrazamos, y nos abrazamos estrechamente. Eramos buenos camaradas.

De esto hace, como dije, seis o siete años. Hoy, de aquellas tres personas que me esperaron y me abrazaron, sin saber con seguridad a quién esperaban y a quién abrazaban, pues bien podía ser el que llegaba otro distinto del que había partido, de aquellas tres personas, digo, sólo resta una. Es muy posible que esa una, restante, esté cerca de mí y que mi voz llegue a su oído; es muy posible que si yo le preguntara, por ejemplo:

—¿Estás ahí?

Su voz de hombre me respondiera, sin vacilar:

—Sí, aquí estoy.

Pero las otras dos personas ya no están. De ellas quiero hablar. Mi madre murió el día de Viernes Santo del año 1929; Juan Gandulfo, el día 27 del mes de Diciembre del año 1931. Hubo entre ellos, a pesar de la gran diferencia de edad, cierta correspondencia de espíritus, cierto afecto, nacido del concepto heroico que ambos tenían de la vida, concepto heroico que en Juan era jocundo y en la señora Dorotea, áspero, como roído por un ácido excesivamente agresivo. El uno empezaba, la otra finaba. Como resultado de este sentimiento heroico o trágico de la vida, existía en ellos una cualidad que es como la flor de aquel sentido: la audacia, virtud ésta atribuida generalmente a pícaros, y que anda en boca de los necios como alhaja fina en manos de pecheros, pero cuya alcurnia, indicada ya por el noble sonido de la palabra, es menester reclamar como patriotismo de elegidos.

Ignoro si en Cirugía, oficialmente hablando, existe el elemento audacia y si él es tomado en cuenta al enumerar las bondades que deben exornar un cirujano. Posiblemente no; no he oído hablar nunca de un examen de audacia en Cirugía. Y es de lamentarlo. La audacia es un sentido que pocos hombres poseen. Es como la videncia, sólo que la videncia no es acción, considerada la acción en su sentido de ejercicio externo, sino un fenómeno mental suscitado por la imaginación reproductora, que anticipa, por combinaciones de probabilidades y en una forma casi matemática, una suma de acontecimientos a realizarse. La audacia es la acción por excelencia, lo activo de la videncia, el hecho de prever y realizar ahora, en este instante, un movimiento que va a suceder después. El vidente es sólo un individuo de imaginación exacta; los hechos que predice están casi siempre fuera de su área de desplazamiento físico y muchas veces no le interesan; él no los realizará. El audaz, por el contrario, imagina y realiza instantáneamente y, colocado dentro de la acción que él ha provocado, la dirige. Un hombre vidente puede ser un individuo contemplativo, estático; un hombre audaz debe ser dinámico, actuante, poseedor de una mentalidad ágil y de un criterio firme. Esto se comprende mejor si se habla de un cirujano.

Hablando cierta vez de un médico, cuyo nombre ya he olvidado, Juan Gandulfo me decía:

—Me irrita trabajar con él.

—¿Por qué?—le pregunté.

—No será nunca un buen cirujano. Le falta criterio y decisión. Cuando está con el bisturí en la mano, no sabe qué hacer. Se ha demorado cerca de dos horas en una hernia que otro habría operado en cuarenta minutos... Me daban ganas de darle un puntapié por debajo de la mesa.

A aquel médico le faltaba criterio y, faltándole criterio, le faltaba audacia; la sangre se le imponía y lo cegaba, paralizándolo. Obraba por costumbre, no por iniciativa. Por mi parte, creo que la rápida carrera que Juan Gandulfo realizó como cirujano se debió no sólo a su dedicación y estudio, sino también y más que nada, a su criterio, a su mentalidad ágil, a su audacia, en fin, que le permitía dilucidar, mientras trabajaba, las dificultades que el caso le iba presentando.

Pero la audacia, si ha de ser una virtud perfecta, debe tener un regulador, un freno moral: el sentimiento de la propia responsabilidad, sentimiento que Juan Gandulfo poseía en alto grado y sin el cual la audacia no es más que una fuerza inconsciente. Un día fui a esperarlo a la salida de la Clínica del doctor Lucas Sierra, en el Hospital San Vicente. Apareció con los ojos como hinchados, los labios abultados, ceñudo. Apenas me saludó:

—¿Qué te pasa?—interrogué.

—Tengo rabia—me gruñó.

—¿Por qué?

No me respondió. Pero de pronto yo me acordé:

—¡Ah!—le dije—. ¿La viejita?

—Sí—me contestó.— Fíjate que amaneció muerta. Es el único operado que se nos ha muerto en el año... ¡Qué mala suerte! Todos hemos estado rabiosos en la Clínica: don Lucas, el gringo Constant, la Eleanira. Estaba bien... ¡y le fallan los riñones! Amaneció muerta... ¡Puchas que tengo rabia!

Pero no terminan aquí las conexiones y relaciones que, a mis ojos, existían entre el espíritu de Juan Gandulfo y el de la señora Dorotea. Existía también la confianza, la firme confianza, la seguridad de uno en otro. Juan Gandulfo habría confiado a mi madre, sin vacilación, cualquier secreto, por grave que fuera y mi madre, a su vez, procedería de igual modo. De esta manera, se comprende que el único médico bueno que existía en el mundo, mejor dicho, el único médico que a ella podía mejorarla o aliviarla, fuera el doctor Gandulfo; la confianza en don Juan hombre se extendía hasta don Juan médico. Esto no es extraño. Los amigos íntimos de Juan Gandulfo recordarán la ilimitada confianza que nos inspiraba como amigo y como médico. Como amigo, aun las cosas más guardadas, más profundamente íntimas, hasta aquellas en que iba envuelto el honor propio o el ajeno, le eran confiadas sin temor alguno; su boca era tan fiel como su corazón cuando de amistad se trataba. Como médico, igualmente. Recuerdo que una vez fui operado. Era un caso incierto, tal vez delicado, quizás peligroso. No se sabía con seguridad. Sin embargo, yo no experimenté, antes de la operación ni después de ella, ningún sobresalto, nin-

na duda sobre mi destino inmediato. Entré a la anestesia diciendo chistes. Sabía que mientras yo estuviera anestesiado, tendido en la mesa de operaciones, mi amigo Juan, en el cual yo tenía tanta confianza y tanta fé, velaría por mi suerte.

Pocos días antes de morir mi madre, llevé al doctor Gandulfo a mi casa; ella me lo pedía. Yo le había objetado:

—Pero, mamá; el doctor Gandulfo no es especialista en estas enfermedades.

—Eso no importa—me replicó.—El doctor Gandulfo me dá unas tomitas muy buenas...

Pero ya las tomitas eran ineficaces. Mi madre se dio cuenta de ello y su agonía empezó. Su última esperanza se desvanecía y entró en la muerte. Murió, como he dicho, el día de Viernes Santo del año 1929. Uno o dos años después, conversando con Juan Gandulfo, le dije, como quien se confiesa de algo que considera una falta:

—Desde que enterré a mi madre, no he ido a visitar su tumba.

Me confesó:

—Yo tampoco he ido nunca a visitar la de mi padre.

Y luego agregó:

—¿Para qué? El cementerio es un lugar tan desagradable, lleno de tierra y de paredes color de muerte. ¿Qué le pueden decir a uno las tumbas?

—¡Absolutamente nada. Al contrario. Le enturbian o le ensucian la imagen o el recuerdo que uno tiene de las personas que han muerto y que quiso.

Yo asentí en silencio. Tenía su mismo juicio. Para mí no había nada más puro, más claro y al mismo tiempo más fuerte y hondo, que la imagen visual mental que yo tenía de mi madre y que tengo aún, que tendré mientras aliente, imagen que en cualquier momento puedo crear con sólo quererlo. La veía y la veo, dentro de mí, como por un objetivo fotográfico, alta, vestida de negro, rodeada de luces verdes, rojas y blancas, moviéndose como en un paisaje de jardín. Esa imagen me da la sensación que yo guardo de ella y de lo que en ella, como ser humano, amaba: sus movimientos, su color, su vida, su espíritu, en fin. Lo que está en el cementerio no es lo que yo he amado, es otra cosa, una cosa inmóvil, fría, indiferente a todo. Lo demás se ha desvanecido y no hay nada ni nadie que pueda juntarlo y formar con ello una imagen igual a la que yo poseo de ella. ¿Para qué, entonces?

Pero yo no sabía en aquel tiempo y quisiera no saberlo aún, que un día alguien, con voz trémula me iba a decir:

—¿No sabe? Juan Gandulfo ha muerto...

Juan Gandulfo ha muerto. Es decir, su abstracción semejanza con mi madre se ha acentuado. La vieja y el joven finaron ya y mudas están las bocas que hablaron, sordos los oídos que oyeron, inmóviles los cuerpos que un día marcharon. Otro hombre ha desaparecido. Pero una nueva imagen ha crecido en mí. La llevo dentro, como la de mi madre, y dentro de mí, cuando así lo quiero, Juan Gandulfo revive. Lo veo hablar, lo veo reír, lo veo andar; se mueve, frunce los ojos, se le ensombrece el rostro de ira, se le ilumina de alegría; gesticula a veces como un meridional, amenaza, después arrulla; se echa hacia

atrás, riendo, con las manos en los bolsillos, y luego, cuando la risa llega a su climax, se dobla violentamente, juntando las manos sobre las rodillas. Espíritu demoníaco más que dionisiaco, trágico, piadoso, violento, dulce, agrio, un hombre sobrio detalle por detalle, reproducir en palabras bre la tierra, en fin, su espíritu y su imagen llenan mi espíritu mientras escribo. Podría describir su figura, crear, literariamente, un Juan Gandulfo igual al que vive ahora junto a la imagen de mi madre; pero sería, de todos modos, un ser mío, una creación mía, una imagen mía, distinta seguramente a la imagen que sus demás amigos guardan de él. No quiero desfigurar la de ellos modificando la mía; no quiero desfigurar la mía mirando la de ellos. Dejemos que la de mi madre crezca y viva ahora junto a la de Juan Gandulfo. En mi espíritu vivían mientras yo viva y sólo habrán muerto cuando yo ya no tenga fuerzas para sacárlas del recuerdo y resucitarlas con mi aliento de amor, es decir, cuando yo haya muerto también.

Manuel ROJAS.

Juan Gandulfo

No era una mendiga profesional. Hoy, 14 de Enero de 1932, en la gradería del Templo de San Agustín, una mujer medianamente vestida tenía entre sus brazos a un niño que agonizaba de hambre.

Este hecho horroroso, que seguramente desviará el rumbo de la vida de muchas personas allí presentes, lo asocio al recuerdo de mi amigo Juan Gandulfo.

Pasado el espanto, buscaremos sus huellas para que nos conduzcan por la senda menos inhumana.

Adolfo ALLENDE SARON.

J u a n

La personalidad de Juan era de una vigorosa sencillez y se nutría en dos corrientes anímicas opuestas: la lírico-anárquica y la realizadora-constructiva. Había en Juan un gran caudal de lirismo que se expresaba en forma de rebeldía y de agresividad renovadora. De un lirismo que era anárquico, precisamente porque era hondo y verdadero. (Todo verdadero lirismo es anárquico porque lleva en sí su propia ley). Junto con esto, Juan fué un gran organizador, un gran trabajador, afanoso de maestría y de perfección. Su vida, por tanto, se polarizaba entre el lirismo libertario y la disciplina del esfuerzo. Estas dos tendencias contrarias chocaban y se entrefundían íntimamente hasta sintetizarse en lo que Juan tenía de más valioso: la bondad dinámica y el humorismo. Todos los que le conocieron, saben hasta qué alto grado tuvo esa bondad activa, esa bondad enérgica, tan diversa de la inofensiva neutralidad de otros hombres buenos. Su humorismo era agudo y de buena ley. Gracias a él, Juan se libró de caer en esa pseudo-genialidad—tan estéril y tan criolla—que ha inutilizado a otros hombres de su generación. Esa generación del año 20, sacudida desde temprano por duras pruebas y que se va desgranando trágicamente: Rigoberto Soto, Demaría, Juan Gandulfo, todos hombres de valer y leales y buenos camaradas.

Santiago URETA.

Premio Juan Gandulfo

A un hombre tan activo, tan fecundo de iniciativas, tan lleno de esperanzas y tan henchido de móviles generosos no es posible honrarlo sino dentro de su manera de ser.

Esa razón nos ha inducido a crear un Premio Juan Gandulfo para señalar el mejor artículo, de tendencia social, que se publique anualmente en las páginas de "Claridad".

Juan Gandulfo amó principalmente la organización obrera, la libertad y el socialismo en su más amplio sentido. Serán, en consecuencia, los artículos escritos para servir al desarrollo de tales ideas, los que más en cuenta tome el Jurado al discernir el premio.

Queremos de esta manera, vincular a la vida el nombre de un compañero que fué el primero entre nosotros y que en todo momento honró al país.

claridad

El número próximo de "Claridad" aparecerá en el mes de Febrero.

Toda correspondencia de redacción y administración diríjase a Casilla 3323, Santiago.

Los políticos y otras cosas

La Democracia ha sufrido en estos últimos tiempos sus más rudas pruebas y ha salido triunfante de ellas. Sus componentes y sus mentores pueden sentirse felices de los resultados obtenidos cada vez que ha sido preciso poner en juego el mecanismo de las leyes para mantener este principio intangible que se ha dado en llamar "el orden establecido".

Primero el asalto al Regimiento Esmeralda, de Copiapó; en seguida el paro general tan largamente gestado y que tantas inquietudes produjo entre el elemento oficial y los señores de las clases burguesas.

Por el asalto de unos cuantos ilusos que fueron empujados por oficiales de Carabineros y experimentados en esta clase de trágicas mascaradas, cayeron para no levantarse algo más de tres docenas de obreros hambrientos y un par de soldados. Pero la mayoría de los sacrificados no estaban ni en Copiapó ni en las puertas del cuartel ni a muchas leguas a la redonda, sino en un pueblo lejano donde no hubo ni conato de motín o subversión, pero sí hubo asalto, no de comunistas ni de sediciosos, sino de gente uniformada y de guardias cívicos organizados con mucha antelación y armados previamente por el Estado, que, rompiendo puertas y arrasando muros, atraparón como a fieras a un grupo numeroso de obreros indefensos y los asesinaron a mansalva. Esto se desprende aun de las propias informaciones de la prensa seria, siempre dispuesta a desvirtuar la verdad en estos casos y se demuestra con las fotografías de los héroes aparecidas en la revista "Sucesos".

El Gobierno, representante de esta democracia recién nacida después de tantos años de dictadura, ¿ha lanzado siquiera la voz de la Ley?

No podía hacerlo. Estaba al frente de acontecimientos provocados por hombres que no tienen derecho al amparo de la Ley.

Los comunistas, los anarquistas, en general los revolucionarios que aspiran a cambiar los moldes de la sociedad capitalista actual se encuentran bajo el nivel de los ladrones y asesinos vulgares.

Para éstos hay Ley que castiga, pero también hay ley que defiende y Tribunales que pesan las circunstancias especiales de cada delito e impone pena. Para los revolucionarios primero está la pena máxima aplicada por cualquiera, carabineiro o guardia fascista y después viene el proceso para los pocos que salvaron la vida.

¿Qué hace, en cambio, con los que mataron a seres indefensos, contra los que impusieron penas por su cuenta sin ser jueces? Estos son los héroes que admiran los ciudadanos patriotas de uno a otro confín del país a través de las imágenes de las revistas ilustradas donde aparecen con todos los arreos de guerra.

Los agentes de la autoridad pública, ¿han hecho sentir la fuerza de la Ley contra estos héroes delincuentes?

Los acontecimientos responden que no. El paro provocó declaraciones rotundas de los agentes de la autoridad, para quienes era un movimiento en pugna con la Ley, con esa misma ley que dictó el Dictador Ibáñez por un simple decreto; en pugna con esa ley que creó delitos que no eran tales porque hasta el más lego sabe que los delitos no se pueden nefimir por decretos.

Sin embargo, las autoridades que dicen obrar siempre dentro de la Ley, se colocan abiertamente en contra, se amparan en preceptos sin vigor jurídico para sostener las posiciones de una parte de la sociedad, la más reducida pero la más poderosa, para aplastar a la gran mayoría, a esta mayoría que, por sarcasmo, se llama el pueblo soberano.

Las leyes fascistas dictadas por la Dictadura: Código Militar y Código del Trabajo, sirven ahora para llenar las cárceles, como no se había visto en los tiempos de Ibáñez, con centenares de obreros de todas las ideologías.

Así comprenderá este pueblo, con una lección objetiva que, bajo el dictador militar o bajo el Gobierno civil, siempre será hambreado, perseguido, encarcelado y masacrado.

Pío QUINTO.

La jira de la Confederación General de Trabajadores

El Comunismo Anárquico.—El despertar indígena

En nuestra crónica anterior sobre la C. G. T., decíamos que ésta tenía un enorme y difícil camino que recorrer y que para ello era necesario robustecerse y afincarse en los sentimientos y ansias de liberación del proletariado. Cuando esto escribíamos, recién partía al Sur una delegación de dos compañeros en misión organizadora y proselitista, comenzando así la tarea de adentrarse en los medios obreros donde la Confederación debe, por sobre todo, desenvolver su acción emancipadora.

Es cierto que en los principales pueblos del Sur—excepto Concepción—la C. G. T., tiene sus cuadros sindicales adheridos desde la convención, pero a estos cuadros hacía falta pulsarlos y llevarlos desde acá un poco de aliento, doble labor a la que se unía la de ir tejiendo inteligentemente los hilos armónicos que a lo largo del país deben formar el uniforme y macizo cuerpo de la Confederación.

La delegación enviada partió de ésta el 19 de Diciembre, haciendo su primera escala en Rancagua, donde dió conferencias el 19 y el 20, sobre organización y sobre el tema básico de la jira: el comunismo anárquico. Se ocupó los dos días el local de la Federación de Izquierdas y hubo un lleno total. Terminados estos buenos actos, la delegación siguió a Talca, a donde llegó justamente a la tercera sesión de una convención híbrida que había organizado un fascista, Labra Mutis, con los fines reaccionarios que es de suponer. La delegación pudo constatar la forma inteligente cómo habían obrado los gremios de la Confederación y nuestros compañeros, que concurren a la convención y la despedazaron de a poco desde su propio vientre. Los delegados en jira dictaron sus conferencias los días 21 y 22 en los locales de panaderos y estucadores, los que se vieron totalmente concurridos por los obreros de los diversos gremios, circunstancia que sirvió para reafirmar las posiciones de la Federación Local y el credo revolucionario expuesto por los conferenciantes. Fué ésta la segunda jornada por la C. G. T. y por su finalidad el comunismo anárquico.

En Concepción, tercera ciudad visitada por los delegados, no hay organización obrera revolucionaria. El Centro de Estudios Alborada, grupo que encarna los principios de la C. G. T., es la única colectividad que agita a los trabajadores por sus verídicos problemas y que pone una nota discordante en medio del mutualismo y el caciquismo político imperantes. Pero la labor de este grupo es del todo insuficiente en un pueblo como Concepción, cuyo proletariado muy numeroso debe ser ganado para la causa revolucionaria con el reforzamiento del grupo Alborada y con compañeros cuya convicción corra a pares con su capacidad organizadora.

Las dificultades de todo orden y que los delegados no pudieron vencer hicieron imposible la organización de actos de propaganda. Sólo de vuelta de Osorno fué posible organizar un acto en el que nuestros compañeros cumplieron ampliamente su misión.

A la llegada a Temuco se tenía preparado un mitin pro disolución de la Cosach. Alrededor de

unas cuatro mil personas entre las que había unos quinientos indígenas y muchas mujeres, se congregaron para oír a los delegados de la C. G. T. Trasladados a la plaza para efectuar el mitin, se opuso a su realización el prefecto de policía pretextando que no se podía impedir la buena digestión a los tranquilos paseantes (era la hora del paseo). Para impedir la inminencia de una masacre, la delegación invitó a la concurrencia a reunirse en otra plaza, lo que se hizo. Al final del mitin, el pueblo exteriorizó con verdadero cariño su adhesión a la Confederación y al comunismo anárquico, viviendo entusiastamente ambas instituciones.

Llamó particularmente la atención el enorme interés de los indígenas por conocer hasta en detalle lo que sería una sociedad con el régimen del comunismo anarquista, viéndose instados los delegados a responder a innumerables preguntas que sobre tan importante tópico les hacían.

Dos conferencias se dieron en este pueblo, inclusive la que se dictó en la casa quinta de un conservador rico que manifestó a los delegados su agrado por oír una exposición sobre comunismo anarquista, para lo cual ponía su casa a disposición de los trabajadores. Como para ese día no se encontró local se aceptó el oportuno ofrecimiento y la conferencia se realizó en medio del follaje de la mansión señorial con una asistencia superior a dos mil personas.

Coronada en tan buena forma la etapa en Temuco, la delegación partió a Osorno, última ciudad que se iba a visitar. Aquí la Federación Local había invitado a los trabajadores a esperar a los delegados. En número aproximado a seiscientos, incluso las compañeras del Sindicato Femenino, recibieron a los compañeros. Las conferencias, que se dieron en el Teatro Septiembre, en el local de la Federación y en la plaza, jiraron sobre temas de actualidad y sobre el que ya se había tratado en todos los pueblos y cuya divulgación amplia constituía uno de los motivos de la jira.

En este pueblo, lo mismo que en Temuco, el entusiasmo e interés de los indígenas y de las mujeres es enorme. Quieren saber todo lo que atañe a las ideas y escuchan con verdadera atención las explicaciones que ellos mismos piden, preguntando hasta disipar todas sus dudas. Es evidente que este interés no lo tiene el trabajador de la región central, el que más impregnado de viejas es más indiferente y reacio a las manifestaciones que propugnan por emanciparlo a él mismo.

Si esta primera jira de la C. G. T., no hubiera tenido éxito en los pueblos anteriores a Temuco y Osorno, en todo caso ella nos habría dejado ampliamente satisfechos con la sola constatación que se ha hecho respecto al entusiasmo y fervor revolucionarios que hay entre los trabajadores de los dos pueblos y en especial entre sus valientes mujeres y sus tostados indígenas, los que, vejados y despojados por centenaria explotación, ven el comunismo anárquico el mañana rosado y alegre que difusamente añoraron como punto de término a sus dolores de siglos.

Floreál RAMÍREZ.

Artes y letras nacionales

El impresionismo criollo.—La Grafología mural. (Dibujos de Juan Gandulfo)

Al recuerdo de Juan Gandulfo, queremos asociar el nombre de Alfredo Demaría que fué como aquél, honor de su generación.

Frió de apariencias, era interiormente sensible como una llama. El más mínimo soplo espiritual echábase en su seguimiento. Y a esta sensibilidad de escondido manar se aliaba una cultura ávida de todo lo humano.

Como estudiante, estuvo al frente de ellos en los días tumultuosos y tristes de las persecuciones, saqueos e incendios que se consumaron bajo la sonrisa inalterable del presidente Sanfuentes. Después viajó, maduró libros, fué maestro. Y, cuando recién empezaba a frutecer lo que había cuajado en el hondor de su juventud, una bala trizó su espíritu el día 12 de Enero de 1931.

Demaría y Gandulfo fueron grandes amigos desde las aulas de la Escuela de Medicina. Los ligaba no sólo lo social—lo epidémico—sino una profunda concordancia de pensamiento y además muchas rebeldías, muchas obras en bien del pueblo. También se hallaron juntos en estas páginas. Juntos asaetearon las viejas mentiras políticas y sociales de este Chile de perenne mala suerte.

Como un homenaje a esta amistad reproducimos a continuación, de nuestras páginas de 1924, un pintoresco e inteligente artículo de Alfredo Demaría iluminado con tres dibujos sagazmente humorísticos de Juan Gandulfo.— S. A.

PROLEGOMENOS

Lamentable situación es la de un pueblo, ampliamente dotado de cualidades artísticas innatas, que se dejara absorber totalmente por extrañas civilizaciones. Las razas más cultas y originales podrán ser absorbidas económica y políticamente por pueblos más fuertes y vigorosos. Pero los valores espirituales y artísticos de las primeras reivindicarán a los vencidos imponiendo su cultura a los triunfadores. Es la cultura de Grecia quien se alza por encima del poderío de Roma. Es la civilización. Las razas más cultas y originales, la fuerza devastadora de los bárbaros germanos. Es el viejo arte europeo quien invade y reconquista el formidable mundo económico norteamericano.

PROTECCION DE LA INDUSTRIA NACIONAL

En la hora presente, una saludable reacción artística nacional está formándose en cada pueblo que tiene una cultura propia, un pasado honroso que defender. Allí es México, ciudad en donde un selecto grupo de intelectuales y de artistas es á haciendo revivir el arte y la milenaria civilización azteca. Allá es España, en que el culto directorio militar — que tan liberalmente la dirige — representa la encarnación genuina del espíritu español, del intelectualismo hispano opuesto al decadentismo del occidente europeo. Más allá es Mussolini, quien funda academias literarias fascistas y dicta decretos en que se grava con fuertes multas la colocación de avisos con palabras importadas del extranjero. Por acá, son las jóvenes repúblicas sudamericanas las que defienden su cultura específicamente nacional. Es el Perú, que se constituye en baluarte de la civilización de los incas. Es la Argentina, que cultiva religiosamente su música y su arte criollos y llega hasta imponer su danza nacional a todos los pueblos del orbe. Es Panamá, que vigila con riguroso celo la fabricación de sombreros de pita, a fin de que el sol no dañe la producción artística de sus más notables cerebros nacionales.



AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR

Y "a pesar de la falta de protección de nuestros poderes públicos", es nuestra raza vigorosa, es nuestro noble pueblo — cantado por Ercilla y el doctor Palacios — quien defiende su incipiente cultura criolla contra la invasión del heterogéneo cosmopolitismo cultural del extranjero. Porque nuestra pujante raza, cuna de futuras victorias del espíritu, esperanza de fecundas producciones en el arte y en las letras, tiene — necesario es decirlo bien en alto — disposiciones congénitas de artista y de pensador. Y su actual espíritu de laboriosidad y orden, de precisión, de constancia y de limpieza han de imprimirle, en un futuro muy próximo, excelsas cualidades en su vida intelectual y artística.

Para estudiar el notable talento artístico de nuestro pueblo debemos seguir un camino filogenético. No debemos remontarnos hacia las producciones de los innumerables europeizantes, simples imitadores de lo que se hace más allá del océano, serviles repetidores de las viejas y nuevas fórmulas del arte del viejo mundo. Debemos descender hacia las manifestaciones más sencillas y rudimentarias del arte nacional. Escrutar entre los pliegues del manto irónico y sutil con que nuestro hombre del pueblo se oculta, receloso, a la mirada de los profanos. Estudiar desde la más primitiva expresión con que



nuestro substratum popular acostumbra a dar rienda suelta a sus emociones y sentimientos, a sus amores. No debemos avergonzarnos al descender, en nuestras investigaciones filogenéticas del arte, hasta la rudimentaria trutruca del araucano o el picaresco aire popular que silba o masculla el granuja en nuestras calles. Tenemos un arte genuinamente nacional. Rudimentario y primitivo; pero es nuestro. Y ello no debe avergonzarnos, así como no causa rubor al artista de París la contemplación de los rasgos primitivos con que una mano, incierta y vacilante, pretendió en su caverna dibujar al mamuth. Al lado de las penosas y mediocres imitaciones del arte ajeno, tenemos las rudas y sencillas, pero severas manifestaciones de un arte propio.

LA PIZARRA DEL INFINITO

Para crear un arte nacional debemos volver a estudiar en nuestros campos y en nuestras ciudades. Carecemos de gruesos e indigestos volúmenes sobre la materia. No hemos oído la sentencia grave y sesuda de tanto pontífice nacionalista de otras tierras. No poseemos grandes bibliotecas ni revistas sobre el tema que nos interesa. Pero poseemos, en cambio, un extenso e interminable laboratorio experimental de arte criollo. Está en donde dirijamos nuestra mirada y nuestra atención. ¡Campo inagotable para los hombres de buena voluntad!

Las formas más rudimentarias del arte nacional de las épocas pasadas se encuentran en los cementerios de los araucanos. El arte actual presenta sus manifestaciones más sencillas, no entre los que ya se han ido, sino entre la multiforme y vivida canalla de las ciudades y el hampa de las aldeas y de los campos.

El arte primitivo de nuestra raza no se encontrará junto a los muros de los museos oficiales, sino sobre las paredes antiguas de nuestras calles, cuna de tantos ensayos y balbuceos artísticos. Sobre los muros de la calle hemos aprendido a descifrar ignotos problemas en una edad en que todavía no éramos capaces de leer. Pintorescos grabados de anónimos y sutiles artistas de nuestra raza, han dejado huellas imborrables en nuestras pupilas infantiles. La pared constituye en nuestra tierra la inagotable pizarra popular, fuente de profundo ingenio y de agrio sabor. Pizarra del infinito en donde muchos de los grandes artistas de hoy día empezaron sus nobles tareas. Sábana interminable en que aprendieron a bordar y a decorar muchos desconocidos buscadores del ideal. Playas verticales en donde los granujas distraen sus más audaces energías y trazan los bosquejos embrionarios de su futura labor. Labor efímera como las letras dibujadas sobre la arena que pronto besarán y borrarán las ondas del mar. Labor intensamente sentida. Arte rudimentario. Primeros balbuceos del arte nacional.

LA GRAFOLOGIA MURAL ANTE LA HISTORIA Y LA ESTADISTICA

El arte de grabar y dibujar en las paredes nació después de la llegada de los españoles in-

vasores. Porque la paja de las rucas de los araucanos no era sitio apropiado para escribir y decorar. Tomó gran impulso con la fundación de las primeras escuelas; y es en las sencillas bancas de madera y en las toscas paredes coloniales en las vecindades de las escuelas anexas a los primitivos conventos, en donde el investigador contemporáneo encontrará las más torpes, ingenuas e inseguras producciones de los infantes iberoamericanos.

Las inscripciones de las paredes son la fiel transcripción de la mentalidad del pueblo. Sencillas, pacíficas e ingenuas en la época colonial, tórnanse iracundas y amenazantes en la alborada de la Revolución de la Independencia. Las suaves ondulaciones del período español, transformanse en líneas quebradas y aristas cortantes en el período incierto y turbulento de las primeras décadas de la República. Más tarde aparecen neologismos caprichosos, sutiles, guerreros o amorosos, de acuerdo con las características de la época. Producción sincera y honrada, que permitirá, a los espíritus más agudos — en el caso de desaparecer toda documentación — rehacer hasta en sus menores detalles la historia nacional.

En la época contemporánea, los temas favoritos de esta grafología y grafomanía popular, pueden dividirse en cuatro grandes grupos: 1.º sección letras; 2.º sección arte y ornamentación; 3.º matemáticas; y 4.º sección moral.

En la primera sección figuran las siguientes materias en orden decreciente:

68	por 100:	Amor sexual y órganos genitales.
12	" "	Coprología.
9	" "	Lecciones escritas del silabario y tareas escolares.
5	" "	Política.
3	" "	Injurias.
0,4	" "	Anticlericalismo.
2,6	" "	Otros temas y signos ininteligibles.

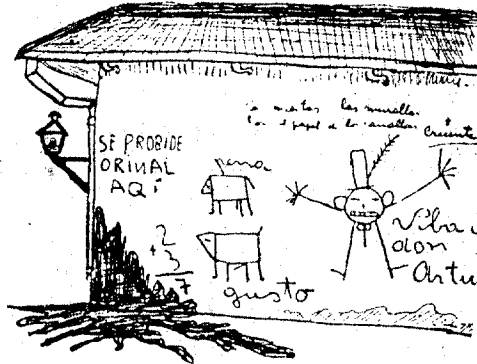
100 por 100.

En la Sección Arte y Ornamentación figuran como temas favoritos:

83	por 100:	Líneas ornamentales (onduladas, rectas y quebradas).
8	" "	Figuras humanas.
1	" "	Objetos domésticos.
5	" "	Órganos sexuales.
1	" "	Arte puro.
2	" "	Dibujos indeterminados.

100 por 100.

La Sección Matemáticas se extiende a operaciones elementales de aritmética y a la enuncia-



ción de axiomas neo-euclidianos, como 2 más 2 son 4, etc.

Finalmente la Sección moral, perdida entre el desborde oceánico de las tres primeras, se reduce únicamente a frases escritas por fervorosos propagandistas evangélicos, como: "La sangre de El nos redime de todo pecado" y a otras frases no menos moralizadoras que la ya mencionada.

Una cuidadosa estadística de la totalidad de la producción grafológica popular, nos demuestra que los anónimos artistas del punzón, del lápiz, la tiza y el pincel son:

en un 84	por 100:	Escolares.
" "	3	" " Vendedores de diarios.
" "	2	" " Lustradores de calzado.
" "	4	" " Despechados sexuales y amorosos.
" "	7	" " Otros oficios.

TENEMOS UNA ESCUELA NACIONAL

Cuando se profundiza el estudio de nuestros arabescos murales, se observa que en ellos predomina un espíritu sintético, laconico, impresionista. Nuestro pueblo se ha adelantado a muchas de las exóticas innovaciones que nos llegan de allende el mar. Nuestra raza es la genuina creadora del arte mural. Es la fundadora de la escuela impresionista vertical. Escuela que enseña a toda hora y a cuanto hombre camine por la calle. No existe el analfabetismo mural. Todos son capaces de descifrar las inscripciones de las paredes, porque en ellas el artista se manifiesta totalmente como es, con todos sus defectos y sus buenas cualidades.

En los muros de nuestras calles generaciones han aprendido a leer, a escribir y a dibujar. Silabario gigantesco, visible en cada instante y a cada paso, que ha ejercido enorme influencia sobre el desarrollo de la cultura nacional. ¡Tela inagotable de ignorados pintores y de artistas en embrión. Arcilla y piedra generosa que se deja herir por la mano y el cincel de improvisados escultores, artifices y alfareros. Papel y carta de la canalla. Cuaderno de repaso de los escolares. Muros de nuestra tierra, cuna rudimentaria del arte nacional!

Alfredo DEMARÍA.

Riberas del Vergara, Junio de 1924.

Oro, Derecho y Deber

Este complejo social del derecho y el deber, se puede enunciar, en esencia: derecho a ser, deber de ser y dejar que sean los demás. Son instancias biológicas que perduran tras de todo desmoronamiento del edificio social. Es decir, persisten porque encarnan la verdad vital misma, la legitimidad en su sentido intrínseco.

Estas mociones o instancias fundamentales deben conjugarse en determinada fórmula que se nos traduzca en sentido de justicia. O sea, modo de registrar y valorizar con la conciencia sensible los propios y ajenos actos en cuanto a derechos y deberes.

Los derechos son más primaria y violentamente orgánicos que los deberes. Son, en un comienzo, imperativos vitales que vienen a la expresión con la vida misma. Los deberes empiezan con el despuntar de la conciencia oblativa, con las primeras nociones del sentido de comunidad. En el niño lactante—todo entero un aparato digestivo, de captación— el derecho trofista o nutritivo se expresa en la totalidad de sus gestos, y su tiempo vital se reduce a los dos compases fundamentales de la vida: asimilar y desasimilar. Siendo un desvalido de la naturaleza, el niño establece en el medio familiar o social la tiranía de sus derechos en forma absoluta, despertando todo un complejo de deberes para el servicio de sus necesidades. Como esto es natural, no provoca resistencia ni repugnancia la tiranía del niño, sino que, muy al contrario, tratándose de servir a la vida misma, todos colaboran, con amor, en el servicio. Psicológicamente, nos colocamos o proyectamos en el infante, nos volvemos a sentir niños y, profunda e ineludible, la conciencia de la especie nos sensibiliza con el semejante, en tiempo y espacio.

En todo comienzo, como en todo estado regresivo o de crisis, los derechos priman sobre los deberes. Es la vida que nace o en crisis, la que provoca este fenómeno del desequilibrio entre el derecho y deber, que siendo desequilibrio, no implica injusticia porque se trata de instancias de la vida misma. Los deberes nacen mucho después que la vida. Despuntan con la conciencia oblativa que nos crea a su vez, el sentido de comunidad. Solamente en los héroes y santos—y éstos aparecen siempre en los períodos nebulosos de nueva organización vital, durante las crisis de la humanidad— consiguen supeditar su derecho a su deber, en las extremas circunstancias del heroísmo. Pero ni los héroes ni los santos son vitalicios, ni mucho menos obligatorios. Además, si hacen época y redimen, es porque verificaron ellos lo que la masa quiere sin poderlo, sirviendo de síntesis expresiva a los anhelos vitales de la colectividad.

Naciendo los derechos con la vida misma, el *modus vivendi* colectivo debe ser un permanente ensayo de cumplir cada vez mejor con los deberes, sin lesionar la integridad de los derechos. Cuando se produce dicha lesión, el organismo social entra en crisis, si conserva en potencia sus capacidades de reacción, o simplemente decae hasta el aniquilamiento y la muerte, si dichas capacidades ya no existían en el emporio de sus reservas.

Todo derecho ejercido, como todo deber verificado conforme a nuestro íntimo sentido de justicia, se nos traduce en placer. Es el caso del trabajo cuya estructura afectiva es la colaboración. Toda la energía desplazada y liberada en la colaboración, en la acción conjugada de varios seres hacia una finalidad común, irradia alegría, se efectúa gozosamente y lleva, por lo tanto a la fraternidad humana. Desarrolla en cada uno el sentimiento de comunidad. O sea, haciendo sensible, sintonizando la conciencia individual a la conciencia del todo, hace que la célula se conozca en el organismo y el todo en la parte. Pero, no es lo corriente que la unanimidad humana tenga por causa la necesidad de una colaboración constructiva. Mientras la técnica social no lesiona los derechos vitales, todos cumplimos con los deberes colectivos sin reparar mayormente en ellos, sin que nos provoquen placer ni sufrimiento. Cumplimos por una razón especuladora, ya que así nos mantenemos en relativa libertad para el gozo de nuestros derechos. Salvo los casos de deberes con raíz cósmica o sagrada—abnegación, sacrificio, servicio—y que no registran sino las conciencias cósmicamente condicionadas, todos los demás deberes, los convencionalistas no se cumplen, en último término, sino para mantener nuestros derechos vitales. De aquí que, cuando la técnica social—que será artificiosa y esquemática mientras no sea totalmente biológica—lesiona dichos intereses de la vida misma, todos los lesionados confluyen en la acción común y defensiva de sus derechos.

El derecho a vivir, orgánicamente expresado en el infante, durante los primeros meses de la vida, tiene su símbolo de poder en el oro, contemplado el caso en el organismo colectivo. El oro, pues, es un símbolo artificial y convencional en el que se ha puesto, por transferencia, el derecho a vivir. El instinto trofista o de captación, por razón de inercia—buscar la línea del menor esfuerzo o de primacía de los derechos sobre los deberes—lógicamente ha tenido que llevar al hombre a un extravío, la acumulación de oro que le asegure

en sus derechos a la vida y, aparentemente, se los dilate en dominio. En el rico, gracias al oro aumentan artificialmente sus derechos a la vida. Pero, muy al revés que en el niño, sentimos que hay una injusticia fundamental y honda en el núcleo mismo de toda riqueza, y la tiranía del rico, lejos de infundir amor y llevar a la colaboración, es separatista, despierta odio, rencores y repugnancias de toda especie. Es que no se trata de un derecho de la naturaleza, sino de una simbolización artificiosa de tal derecho. Por algo Jesús puso al rico muy por debajo del camello, en cuanto a posibilidades de salvación.

Un millonario puede comprender especulativamente lo que es sentido de justicia, pero no cabrá en su afectividad dicho sentimiento sino en manera muy estrecha, en la sola medida que no lesione sus intereses. Al defender sus caudales, el rico no defiende, tanto su derecho a poseer más, sino que se defiende de ser desposeído, de tener menos, de llegar a la pobreza. El oro ha cobrado, por substitución, carácter de factor vital, y reemplaza en el rico muchas miserias y deficiencias morales y orgánicas. De aquí, por lo demás, que en el avaro patológico, el oro sea objeto de amor, extravío sexual muy cercano al uranismo y a la neurósis narcisística. Pero la explicación psicoanalítica de la acumulación de mismo que no sería dable una falsa misericordia la riqueza, no la justifica como técnica social, sino que, al explicarle, le señala como un proceso patológico de la psiquis colectiva.

La acumulación de la riqueza lesiona, pues, los derechos vitales de todos y los malogra en beneficio de los menos, cohibiendo la acción feliz y libre de la vida. Resulta perfectamente estúpido y egoísta hasta el crimen, alegar que nada tiene que hacer la afectividad con la cuestión social. La aguja reguladora de la justicia vital—no la de los códigos convencionales—oscila entre el odio y el amor; está movida por la afectividad y determina efectivamente la directriz de la

acción reivindicadora. En el rico mismo, el acto de caridad—si así se puede llamar—es una misera forma de compensación movida desde una profunda conciencia de justicia social, hacia su propia víctima.

El derecho a la vida es fundamentalmente justo. La razón de estómago tan despreciada por los idealistas bien nutridos, que nunca han sufrido hambre, está por encima de toda menuda filosofía, de toda doctrina, o técnica social. Para el hambriento hay una sola forma de justicia positiva: comer; y tratándose de un derecho vital, hasta la muerte se justifica en la lucha por la subsistencia. No es que se aconseje el odio ni el asesinato como sistemas sociales. Solamente un imbécil podría concebir tamaña enormidad. Los sentimientos no son aconsejables, son simples consecuencias de los estímulos respectivos. Y no es con palabras, teorías ni doctrinas que se puede despertar amor, sino con hechos que le hagan sensible a la conciencia en una forma integral, psicorgánica.

Está claro que sería lo cristiano y lo deseable que partiera desde el rico un franco movimiento de renuncia, que viniera a salvar las consecuencias de su error acumulativo. Pero el cristianismo de los ricos es puramente teórico, no pasa de las apariencias visibles y avitales, en que no hay acto cristiano sino una mala falsificación del mismo. Además, cómo esperar del hombre en que prima y prevalece el sentido trofista o de captación, que se despierte a un sentimiento de profunda justicia social, y llegue a compartir sus bienes con el prójimo, en vez de arrojarle infamantemente las migajas del banquete? Es utópico y salido de todo sentido de realidad, pretender una nueva técnica social que sea movida por el amor, de arriba hacia abajo, como quien dice. La miseria incomprensora, la incapacidad para sentir los derechos vitales de todos, está precisamente en el rico, en el egocéntrico. La situación del capitalista dentro de la biología colectiva sería la de un niño crecido que se amamanta más allá de su tiempo fisiológico, robándole a sus hermanos el derecho a nutrirse y condenándolos al raquitismo forzoso y deliberado.

Ramón CLARES P.

panorama europeo

Por fin, Herr Bruening, jefe del Gabinete alemán, ha declarado que Alemania no podrá seguir pagando las reparaciones. Aunque, en cierto modo, esta declaración era esperada por todo el mundo, ha provocado alboroto en el escenario político-europeo. Francia, avara y temerosa de perder una superioridad que siente inestable, ha reaccionado defensivamente y ha empezado por despedir— con mucha cortesía, claro— a M. Briand, cuya política no satisfacía por completo el chauvinismo agresivo de la mayoría de sus compatriotas. En su lugar ha quedado el propio M. Laval, premier del Gabinete, quien anuncia una política internacional más enérgica y más antialemana. La actitud del Gobierno francés frente a la falencia alemana ya se ha definido y se limita a conceder una nueva moratoria de un año, manteniendo la intangibilidad del plan Young. Inglaterra lleva su generosidad más allá y desea una moratoria de dos años, por lo menos. En cambio, los Estados Unidos quieren desentenderse de la situación europea y seguir cobrando las deudas de guerra. Frente a esta disparidad y a esta ceguera, la actitud de Mussolini resulta la mayor comprensión política al propiciar un de mayor comprensión política al propiciar un editorial de "Popolo d'Italia", escrito, según aseguran, por Mussolini, se habla francamente de la necesidad de condonar las reparaciones y deudas de guerra. En caso contrario, dice el mencionado editorial Europa irá hacia el abismo. Es evidente que Mussolini, o el que sea el autor del editorial, exagera un tanto al dar a las reparaciones una importancia tan absolutamente decisiva en el porvenir europeo. Lo más probable es que, aun cuando se resuelva dicho asunto, la si-

tuación occidental siga casi tan angustiada como ahora. A pesar de toda su importancia, el problema de las reparaciones es sólo uno de los tantos que resultan de la crisis estructural de las instituciones de Occidente.

Y así, ya se habla de postergar la conferencia sobre reparaciones que debía efectuarse en Lausanne, el 25 de este mes de Enero. Habría que dar tiempo para que Francia e Inglaterra unificaran sus puntos de vista y presenten en ella una actitud común. Pero este acuerdo es difícil de lograr porque las divergencias entre ambas naciones se profundizan cada día. Francia domina hoy en Europa con una amplitud que sólo guarda parecido con la de la época napoleónica. Y es sabido que, cuando Francia logra preponderancia continental, sus intereses van a chocar fatalmente con Inglaterra, su aliada de ayer y su enemiga de siempre.

En tanto que sus acreedores no se deciden a sacarle por completo la soga del cuello, Alemania se inclina hacia los partidos extremos. ¿Comunismo o fascismo? Dilema de difícil solución. A juzgar por las informaciones de la United Press— que son siempre de una imparcialidad muy sospechosa— las mayores probabilidades de triunfo están de parte del fascismo alemán, encabezado por Hitler. El hecho innegable es que la reelección de Hindenburg sería lo único que podría salvar al actual Gobierno socialista— parece muy difícil. Y cualquiera que sea el resultado de la nueva elección, ha de ocasionar un cambio decisivo en la política alemana. Con lo cual la situación general de Europa, y del mundo entero, adquirirá una gravedad más aguda aun que la actual. S. U.



la reina patoja

l i b e r í a

Trotsky.—La Revolución Española.
Lenin.—La revolución Democrática y el Proletariado.
Marx.—La génesis del Capital.
Engels.—Elementos de Comunismo.
J. Baby.—El papel social de la Iglesia.
Stalin.—El nuevo Estado Soviético.
—Preguntas y Respuestas.
Riazanov.—Comunismo y matrimonio.
R. Luxemburgo.—¿Reforma o Revolución?
L. Moussinac.—El cinema Soviético.
Azaña.—Plumas y palabras.
—La corona.

Arderius.—Vida de Fermín Galán.
Sánchez Guerra.—El movimiento revolucionario de Valencia.
Marañón.—Ensayo biológico sobre Enrique IV Fernández Cuenca.—Panorama del cinema en Rusia.
Unamuno.—La agonía del cristianismo.
Jiménez Azúa.—Al servicio de la nueva generación.
Kehl.—Pedagogía sexual.
D'Ors.—Cuando ya esté tranquilo.
Graham María.—Viajes.
Terrière en América.

Impóngase de nuestro surtido de obras de PEDAGOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Se atienden pedidos de provincias contra envío de giro postal

LOTERIA

SAN DIEGO 63.—CASILLA 3323.—TELEFONO 84109.—SANTIAGO

Para dolores de cabeza
Use "ALIVIOL"